



ALBOAN

El Club de la miseria

Manfred Nolte

En el verano de 2005, en Gleneagles, Escocia, todo parecía relativamente simple: miles de activistas coreando a Bono y Bob Geldorf en Live 8, urgían al G8 a volcar su ayuda en África y lograr hacer “de la pobreza, historia”. Los países ricos leyeron sus proclamas asumiendo el reto de los Objetivos del milenio, con la promesa de redoblar las asignaciones de dinero.

Pero en 2009, para un determinado grupo de países, las cosas no han ido a mejor sino a peor. Están instalados en el siglo 21 pero su realidad responde al siglo 14: guerra civil, plagas, ignorancia.

Desde la frialdad de los términos estadísticos el mundo se representa en una tarta de seis trozos. Un sexto, predominantemente occidental, vive en la prosperidad, mientras dos tercios constituyen los países en desarrollo que progresan lenta pero consistentemente. El otro sexto restante, acoge a mil millones de personas en un grupo de 58 países que son incapaces de escapar de la extrema pobreza en la que están instalados. De ellos el 70% son subsaharianas, pero países como Corea del Norte, Yemen, Bolivia, Birmania, Laos, Haití, Camboya o Afganistán también son integrantes de este millardo maldito.

Una abundante literatura teórica sugiere una variedad de mecanismos capaces de generar círculos viciosos de pobreza y estancamiento económico. Entre los endógenos, el “efecto umbral” preconizados por Gafor y Zeira (1993) señala que por debajo de un cierto nivel de renta, la sociedad en cuestión es incapaz de generar las inversiones mínimas necesarias para activar el proceso de crecimiento. Otro mecanismo automático que perpetúa la pobreza se relaciona con el riesgo. Como nota Banergee (2000) los pobres son más refractarios al riesgo que los ricos porque las pérdidas les hieren de forma más severa. Se trata de un mecanismo perverso autoreforzante. En ambos casos la pobreza en sí misma sería una trampa.

Pero cuesta aceptar esta versión. La pobreza en si misma no puede ser una trampa, de lo contrario todos seguiríamos siendo pobres. Sin embargo unas naciones han conseguido superarla mientras otras han sucumbido a ella. ¿Por que la globalización ha sido incapaz de acelerar el crecimiento de estos países fracasados? La respuesta está en las trampas.

Engerman y Sokoloff (2004) las buscan entre las causas externas. Las Instituciones son una fuente potencial de trampas de pobreza. Formas persistentes de pobreza encontradas en antiguas colonias europeas son atribuibles según el estudio a la escasísima participación de la población autóctona en la organización de la producción y de los procesos de innovación.

Para Jeffrey D. Sachs, (2005) el problema es atribuible a la ausencia de una ayuda eficaz. Según el Director del Instituto de la Tierra de la Universidad de Columbia, África puede salvarse con 75 millardos de dólares anuales de ayudas con una adecuada planificación estatal, mejorando la tecnología agrícola, distribuyendo mosquiteros de forma masiva, tratando las enfermedades endémicas y aplicando sistemáticamente tratamientos retrovirales a los enfermos de SIDA.

Todo lo contrario de lo que sostiene Dambisa Moyo(2009)para quien la ayuda occidental a África no solamente es inútil y paternalista sino que es la causa última del estancamiento y del subdesarrollo del continente.

Pero ha sido Paul Collier, (2007) Director del Centro de Estudios africanos de la Universidad de Oxford, antiguo economista del Banco Mundial, quien ha lanzado las hipótesis mas provocativas. Hay,-sugiere-cuatro trampas en las que los países realmente pobres tienden a caer.

La primera es la guerra civil. Tres cuartas partes de la población del millardo maldito han atravesado recientemente o están aun en medio de una guerra civil. Guerras que se extienden varios años con consecuencias económicas desastrosas. Congo, el antiguo Zaire, necesitaría 50 años de paz a su tasa actual de crecimiento para alcanzar el nivel de renta de 1960. Desgraciadamente hay una correlación viciosa porque cuanto más pobre es un país mas probabilidades tiene de sucumbir a una guerra civil. Y una vez que se ha incurrido en ella, la probabilidad de que haya otra ulterior es muy alta. La mitad de las guerras civiles son rebotes de conflictos anteriores. Para Collier las guerras civiles tienen poco que ver con el colonialismo, la disparidad de rentas o la represión política de las minorías, y mucho que ver con la alta proporción de jóvenes analfabetos, los desequilibrios entre grupos étnicos y la oferta de recursos naturales como los diamantes o el petróleo que provoca y favorece la financiación de las rebeliones.

Justamente este último punto constituye la segunda trampa. No solo favorece las insurgencias sino que las rentas de estos recursos crean disfunciones democráticas promoviendo la ley de la jungla en las relaciones de producción. Los países pobres ricos en recursos no recaudan impuestos pero por ello mismo tampoco se someten al escrutinio del electorado.

La geografía es la tercera trampa, para aquellos países sin salidas naturales para su comercio exterior, y que dependen de los sistemas de transporte de sus países vecinos muchas veces hostiles o con análogas dificultades a las suyas.

Pero todo ello es nada comparado con la trampa de una mala gobernanza. Asociada a la corrupción, la medida en que se ejerce el poder público en beneficio privado, esa lacra pavorosa que destruye a un país desde su interior: fondos que se precisan desesperadamente para combatir la pobreza y la enfermedad, para construir carreteras, hospitales y escuelas, que acaban financiando las extravagancias y tropelías de los dictadores, perpetuando su existencia y provocando la desaparición o la muerte de quienes los denuncian.

Si estas son las causas principales de la extrema pobreza en el mundo: ¿Qué pueden hacer los países ricos por atenuarla o superarla? Malamente podrán reubicar las

fronteras de Chad o eliminar los campos petrolíferos de Nigeria. En cuanto a la ayuda, Collier forma parte del grupo de los escépticos y no es partidario de incrementarla. Pero hay dos cosas importantes que occidente puede hacer.

Los productores africanos necesitan una protección temporal frente a los competidores asiáticos. Los países ricos deben discriminar sus cupos y eximir de sus aranceles a los productos de los más desfavorecidos, manteniéndolos sin embargo para los asiáticos. La culminación de la Ronda de Doha, discriminante es una batalla crítica para el despegue del sur profundo. Ello iría unido a una intensificación de estándares internacionales para bloquear el comercio de diamantes controlado por fuerzas rebeldes que se utiliza para financiar los conflictos militares.

Pero no es esta la más herética de las prescripciones de Collier. El británico aboga por intervenciones extranjeras ocasionales en países en posconflicto para evitar nuevas recaídas en guerras civiles. Lo que los países posconflicto precisan es diez años de paz garantizada por una fuerza militar exterior aunque ello vaya en detrimento transitorio de la soberanía nacional. Estas provocadoras sugerencias que han sido tachadas de imperialismo filantrópico abren un debate extremadamente delicado, cuando el mundo asiste horrorizado a la destrucción de Irak o Afganistán. Pero posiblemente se haya olvidado también la efectiva intervención en Sierra Leona que acabó con la guerra civil, mientras que la no intervención internacional abocó a Ruanda al genocidio.

No se terminan aquí las recomendaciones de Collier. Todo lo anterior debe conjugarse con el imperio de las leyes y los códigos de recomendaciones: leyes que obliguen a los paraísos fiscales a revelar los depósitos de los cleptócratas, o códigos para la explotación de los recursos naturales, para preservar la libertad de los medios y para prevenir el fraude. Tal vez no se consiga forzar a los gobiernos corruptos a firmar estas convenciones, pero al menos servirán de apoyo moral a los reformadores de África.